

AL ÉXITO CRECIENTE

del primer libro de

Los Grandes Filmes

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Los Hijos de Nadie

(3 EDICIONES)

seguirá en breve el segundo libro

El triunfo
de la mujer,

la obra póstuma del insigne trágico é ilustre es-
critor SEVERIN MARS. La obra de tesis que ha
conmovido al mundo entero. Lo más humano,
lo más moral, lo más hermoso y sentido.

¿QUÉ ES UNA MUJER? ¿DEBEMOS DESPRE-
CIARLAS? ¿AMARLAS SIMPLEMENTE?
¿ADORARLAS?

TODA ESPAÑA LEERÁ

el segundo libro de

Los Grandes Filmes

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 73

25 cts.



LA
HIJA DEL
NUEVO RICO

por
Lee Parry
FilmoTeca

de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 73

La Hija del Nuevo Rico

por LEE PARRY (en el rôle de *MARY*) y
WERNER KRAUSS (en el rôle de *don Benito*)

Exclusivas: E. GONZALEZ - Madrid
Concesionarios: Internacional Films
Valencia, 278 pral. :-: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

¿Nuevo rico? ¡Ah, sí! Es algo así como un zapatero puesto á rey que no puede ocultar, por más riquezas que posea, su cuchilla. Es un hombre que puede ser bueno como el primero, ó malo como el último, que de pobre ha subido increíblemente la empinada cuesta de la fortuna; un hombre, en fin, que de la nobleza de su oficio de zapatero, pongamos

por caso, ha pasado al oficio de la nobleza.

Era el caso de Benito Raffle. En los buenos años de su juventud fué un modesto hortera de ultramarinos, y gracias á esa inolvidable gran guerra había llegado á ser el magnate de los acaparadores.

Aunque parezca inverosímil, con el dinero adquirió experiencia en los negocios y desde su despacho lo dominaba todo. Por capricho y por exigencias de los múltiples asuntos que dirigía, disponía de una docena á lo menos de aparatos telefónicos con línea directa. ¡Una barbaridad de instalación!

Gente de mucho valer le asesoraba; pero él, sólo él, mandaba en todo... en todo, menos en una mujer, un demonio, su hija Mary, niña de sus ojos, mimada hasta el límite máximo de la exageración.

Así como don Benito bastaba él solo para reunir á sus veinte taquígrafos en su gabinete particular y dictar veinte cartas á la vez, se sobraba Mary para hacer desalojar el local con su irrupción en el santuario del trabajo de su excelentísimo padre, pues éste se veía obligado, para no dar pie á ciertas confianzas á sus empleados con las libertades de su hija, á mandarlos retirarse hasta nuevo aviso.

Entre los taquí — meca aludidos, había uno más afortunado que los demás, por ser el predilecto de la diablesa. Ese era Pablo Garnier, simpático, como se supone, y trabajador incansable.

No era solamente en las oficinas de su padre donde Mary tenía la ocasión de ver á Pablo, sino también, previos billetes, en la calle, en tal ó cual sitio.

La simpatía que ambos se profesaban podía calificarse de amorío pasajero, si sólo se tenía en cuenta la opuesta situación social de los enamorados; sin embargo, lo que pudiera no parecer más que un capricho de una señorita que no se privaba de nada, iba tomando, gradualmente, casi sin que ellos mismos se dieran cuenta, una consistencia que, analizada ilusa ó prácticamente, debía conducir á un resultado de sorpresa.

Asegurar que don Benito no había notado nada entre los jóvenes, sería discrepar con la verdad; porque él veía claro, pero tan claro, que estaba completamente convencido de que el flirteo de su Mary con Pablo era una de sus muchas excentricidades.

Y se reía, pensando tal vez en que muy satisfecho podía estar Pablo de disfrutar de la amistad de su hija.

Un día, decidida Mary á conseguir que su padre la acompañase á los baños, no le dejó ni un minuto de descanso con sus impertinencias que le inducían á regodearse de lo lindo, y llegó á vencerlo de pleno.

Dos días más tarde, don Benito y sus distinguidas esposa é hija se encontraban en la animadísima playa.

En el aristocrático lugar había una pareja, que sin ser casada lo parecía. Emma Tatjana, artista, bailarina de varietés por más señas, era ella; Hugo Gildon, Barón del mismo apellido, hijo de noble familia de rancio abolengo, con varios defectos entre los cuales el de estar arruinado, él.

Buena parte de los despilfarros del Barón,

la ocasionó Emma. En compensación, le quería sinceramente, con egoísmo.

Mary se divertía permaneciendo horas enteras ora en el agua, ora sobre la caldeada arena, asaetada de continuo por las expresivas miradas de los compuestos galanes, ávidos de aventuras... de playa.

El Barón, périto en materia de damas, notó la singular belleza de Mary y fué más lejos que sus compañeros de sexo con ella, toda vez que se permitió, con insinuante insistencia, colmarla de elogiosas manifestaciones por toda la gracia que derramaba su cuerpo angelical, acompañándola, sin consentimiento por parte de ella, hasta su caseta.

Mary, para castigar la osadía del pegajoso adulator, lo remojó desde el ventanillo del cuarto, enfriándolo bruscamente. No obstante, el gesto de la arisca bañista lo consideró el Barón como una broma que le permitirá acercarse con más acierto en cuanto saliera de la caseta.

Doña Carlota, esposa del multimillonario, que contaba en su haber unas 10 arrobas, gramo más ó menos, descasaba su rebotante encarnadura, tendida en la arena y de cara al sol.

Don Benito, por su parte, mataba el tiempo jugando al tute con veraneantes dentro de la esfera de sus años.

Una oleada de aire se llevó uno de sus naipes, suspendiéndose el juego mientras don Benito iba á recuperar la carta voladora.

La casualidad mandó ésta cerca de donde se hallaba, ocupada en la lectura de una revista, la bailarina Emma.

Don Benito acercóse á la gentil mujer, muy atractiva con su *toilette* de baño, procurando no interrumpirla en su recogimiento, pero el naipe estaba demasiado junto á ella para que pudiera realizar su buen intento.

Y como la molestara, atrayendo su vista hacia él, disculpóse cuanto y lo mejor que pudo.

—Dispéñeme, bella señorita—la dijo—: el aire fué el causante de verme á sus piés.

Emma se mostró afabilísima con don Benito y éste no reapareció en el corro de los "*tutistas*", que prescindieron del fugitivo naipe y del extraviado jugador.

Desde su puesto de espera, el Barón presenció la plática que sostenían Emma y don Benito—de cuya espléndida posición en el mundo de los negocios enteróse la víspera por el eco de una conversación en el Casino—; renunció á la persecución de Mary, y se acercó á ellos, viendo un interés más positivo en trabar conocimiento con el potentado, que en hacer la conquista de una bañista.

Emma presentó á los dos hombres; y poco después, pasmóse el Barón al ver llegar á Mary y abrazar al nuevo rico.

Y su asombro fué mayor cuando don Benito, ufano de mostrar tal joya, se la presentó como hija. ¡Qué maravillosa ocasión se les ofrecía al Barón sin escudos y á Emmal...

No fué menor la alegría de don Benito á la de Hugo, pues si aquél veía en Emma un *biblot* más frágil que el monumento ornamentado de su esposa, el Barón, así, intuitivamente, fiando en su título, cifraba sus esperanzas de restauración de sus blasones en Mary.

Para dar base á sus proyectos, el Barón

pensó en deslumbrar á los nuevos ricos con la visita de su castillo, que si bien no le pertenecía por las muchas hipotecas que sobre él pesaban, era aún fiel reflejo de su linajudo origen.

Y Hugo aprovechó un momento de distracción de Emma y don Benito, para decir á Mary:

—Para celebrar tan agradable conocimiento organizaré en mi finca una partida de tennis á la cual invitaré á sus papás... para tener la inefable dicha de sentirla á usted á mi lado.

—Se lo agradezco... por mis papás.

La invitación fué aceptada, y don Benito y su distinguida familia admiraron todas las bellezas en él contenidas, sin comprenderlas en demasía.

El notario y pariente de la familia de Hugo estaba presente en la fiesta íntima. Ambos se las arreglaron de modo que don Benito, estimulado en su orgullo indirectamente, se interesaría al traspaso del palacio. No le ocultaron que las deudas rebasaban el valor de la posesión, y que sería preferible venderlo todo, armas, cuadros, retratos de los ilustres y gloriosos antepasados incluso, á buenas manos, antes que hacer una subasta pública el día de mañana, si las cosas no tomaban mejor rumbo que hasta entonces, para el Barón.

Don Benito contempló uno por uno los óleos de los guerreros y se sonrió al figurarse el efecto que su bondadoso rostro haría entre los terribles caballeros. El se llamaría Benito Raffle, «El Bondadoso», y se colocaría él mismo á la derecha de Segismundo, «El Terrible», que así se titulaba uno de los cuadros del castillo.

Doña Carlota, consultada por su esposo, no

hizo la menor objeción á la idea de compra de la finca; antes bien, como él, deseaba verse pronto dueña de aquel regio lugar.

Dos semanas más tarde, don Benito desahogaba al Barón anunciándole que había liquidado todas las cuentas que contrajera sobre mucho más del valor de su propiedad, y que, conforme á lo hablado, quedaba suya. Esto representaba para el noble arruinado un notable beneficio, toda vez que de haberse visto precisado á vender sus únicos bienes para cancelar las deudas, no habría logrado sanear su situación más que en sus tres cuartas partes con lo que le hubiesen ofrecido por el palacio.

Además de este beneficio, conseguía consolidar su amistad con don Benito, de la que Emma y él sabrían sacar mayor provecho.

La generosidad de don Benito no se detuvo aquí, queriendo también entregar algunos *bi-lletes* al Barón; pero éste se negó rotundamente á aceptarlos.

Y desde ese momento comenzó la verdadera farsa.

—¡Don Benito! Ofrecerme dinero es grande ofensa para mí, que no puedo permitir...

—Déjese de tonterías conmigo, y hágame el favor de meterse esto en el bolsillo. Y zanjaremos este asunto bebiendo una copita... de mi biblioteca práctica.

—No, don Benito; repito que no... Todo el interés demostrado por mí en este asunto, no es por dinero... Es por amor.

—¡Cáspita! ¿Por amor?... ¿Por amor á mí?... ¿Pero tan simpático le he sido?...

—No, don Benito, por amor á su hija Mary.

—¡Ahl... Esto ha sido un escopetazo... Esto

es más serio... Disimule mi turbación... La verdad es que...

—Sí, don Benito, estas son cosas irremediables. La amo con pasión, desde el primer encuentro.

—Como todos, lo supongo. Vaya, vaya... De modo que usted pretende hacer Baronesa á mi hija, ¿no es así?

—Así es, don Benito.

Vaciló un instante el nuevo rico. Se trataba de la felicidad de su Mary. ¿Podía arriesgarla sin tener la convicción de que ella correspondería á los sentimientos del noble? El título bailaba en su cerebro, fascinándole el brillo que á sus millones añadiría la alianza de su familia con un apellido ilustre. Y, al fin, mandando en la voluntad de la niña de sus ojos, contestó:

—Conforme, señor Barón. ¡Ahí va mi mano!

—Gracias, don Benito.

Tendido su hermoso cuerpo, envuelto en sedas vaporosas, en un diván, se hallaba Mary cuando su padre llegó á anunciarle la decisión que en su nombre acababa de tomar.

La habló con evidentes muestras de satisfacción y comiéndose las palabras.

—Una noticia sensacional, hija mía—la dijo.

—El Barón ha pedido tu mano... ¡Oh, que suerte!

—¿Cómo? ¿Yo Baronesa? ¡Tiene gracia!

—¿Qué es lo que dices, niña?

—¡Que no acepto! ¡Yo no me casaré nunca con esa *monería* de señor, ni con tres monóculos más del que usa!

—¡Pues tú te casarás con él porque así se lo he prometido!

—Pero papá, no quieras gastarme esa bromita... El barón no me gusta.

—¿Y su título?

—Papá, por favor no insistas...

—Yo no me vuelvo atrás y no consiento que nadie me lleve la contraria. Sé lo que te conviene. A tí te pertenece ocupar un alto lugar en la vida, porque yo puedo permitirte ese lujo... ¡A callar!... He dicho mi última palabra en el asunto.

—¡No, no y no! Yo no seré la esposa de ese memo—dijo Mary á su madre que estaba presente en la discusión.

—Hija mía, no debes contrariar á tu padre, que es muy terco—le aconsejó doña Carlota, temiendo las consecuencias de un desacato á la autoridad de aquél—. Además se le ha metido en la cabeza lo de la aristocracia, y sería inútil hacerlo renunciar á su idea.

—Pero mamá, yo no soy un objeto más de su comercio... ¡Yo soy su hija!

—...Y yo su esposa, niña, y... ya tú ves como me distingue: llenándome de joyas como si fuera un escaparate ambulante. De todos modos, te aseguro que voy á tomarlo por mi cuenta.

—Sí, mamá, dile que no me obligue á arrepentirme de nuestra riqueza;... que yo amo á otro, que aunque es pobre colma mis ilusiones.

—¿Qué has hecho, hija mía?...

—¡Disponer de mi corazón, mamá!

—Te compadezco más todavía. Abogaré por tí hasta indisponerme con tu padre, si es preciso; pero no alimentes ninguna esperanza, pues si tú, á pesar de tu influencia sobre él, superior

á la mía, no has logrado torcer su pretensión, ¿qué puedo esperar yo de mis súplicas?

—Sería horrible, mamá.

—Esclavas somos, hija mía, de sus fantasías.

—¿Luego, el propio oro nos condena? ¿De modo que consentirás tú también en mi infortunio?

—Conozco á tu padre... y por conocerlo no le dí jamás motivo de querrela. He acatado siempre sus más insignificantes deseos.

—Yo no podré...

—No desesperes aún. ¿Por qué no vas á simpatizar con el Barón? Sométete á una prueba y tal vez...

—Eres admirable, mi pobre mamá; comprendes y aconsejas.

Mary se propuso arreglar aquel asunto ella misma. De ningún modo se doblegaría ante la extraviada idea de su padre; y para evitar que una imposición terminante la pusiera en el apurado trance de entregar su corazón á un hombre que no amaba, pensó en la ayuda de Pablo, a quien sabía celoso del Barón, pues una vez no le disimuló el mal efecto que le producía el saberla alternar con el noble, y lo fué á buscar á las oficinas.

—Acompáñame, Pablo. Tengo que hablar contigo —le dijo.

Salieron juntos calle arriba.

—¡Qué desgracial—exclamó Mary—. Mi padre se empeña en casarme con el barón de Gildón y yo no quiero.

—Con razón había temido ese proyecto de tu familia; con motivo me disgusté el otro día

contigo observándote que eras otra desde que conociste al aristócrata.

—Estás en un error suponiendo lo que supones. Mis sentimientos no han cambiado. ¿Te imaginas acaso que yo no soy capaz, con todas mis locuras, de creer en algo?

—Lo que yo me figuro, Mary, es que no te atreves á rechazarme bruscamente, porque tal vez me hayas querido. Pero lo lógico es que tú obedezcas á tu padre y que yo me retire.

—¡Pablo! ¿Ese es el cariño que me tienes?

—¿Mi cariño? ¿En quién, sino en tí, Mary amadísima, lo puse todo?

—Pues bien, ¡si me quieres, hoy mismo has de casarte conmigo!

—¿Qué?

—Ven.... Sígueme.... Ya verás....

—¿A dónde me llevas?

—¿Quieres saberlo? Antes contesta á una pregunta: ¿estás ciego de amor por mí?

—Desde que te acercaste á mí no veo más que tu imagen. Ciego, sí, completamente ciego.

—Entonces, yo soy tu perrito... y me encargo, sin dar explicaciones, de conducirte por el buen sendero... Sígueme, pues, y punto en boca.

Pablo obedeció sin dar alcance á la idea de Mary, que le hacía atravesar calles en dirección á las afueras de la ciudad, en las que se hallaron presto.

Al final de un camino bordeado de flores y plantas aromáticas, se alzaba una casita blanca, un encanto de refugio para la paz y la virtud.

Mary no vaciló en dirigirse con Pablo hacia ella, mas al llegar á la corta escalera de la

blanca mansión, él vió descifrarse el enigma y, pasmado, contempló fijamente á Mary.

—Tú estás loca, Mary. ¿Qué es esto? ¿Qué pretendes?—la preguntó.

—¡¡Casarnos!!—respondió en un transporte de alegría y empujando delante de sí á Pablo, hasta introducirse en la alba casa, habitada por un bondadoso Pastor.

No había vuelto aún ^{* * *} de su asombro Pablo ante la sorpresa que le preparara Mary, cuando el clérigo les echó la bendición. Contestó á las preguntas del Pastor, como un autómatas que obedece á los deseos de quien lo pone en acción.

También se turbó Mary durante la ceremonia nupcial tan íntima; pero no desfalleció un solo instante.

Consumado el hecho, miráronse los ya marido y mujer, obligádoles la emoción que les embargaba el alma, á apartar la vista.

Mary estaba satisfecha de su última excentricidad; y Pablo, por su parte, á pesar del temor que lo dominaba cuando pensaba en lo que diría don Benito, se sentía más fuerte con la posesión de su amor hecho carne.

Muy despacio ambos fueron rechazando sus temores y su timidez, hasta estrecharse, en señal de fuerza, contra su corazón. ¡Nada ni nadie podía separarlos!

Aquella misma tarde, don Benito organizó una fiesta para conmemorar la adquisición del palacio, y á ella, como es de suponer, debía asistir el Barón.

Este último, amado locamente por Emma, tuvo unas palabras en su casa con ella, moti-

vadas por sus celos de Mary, pero las supo sofocar con unas caricias falsas.

Pablo y Mary, que reservaban la revelación de su secreto para la noche, cuando sólo quedarán en la casa don Benito y doña Carlota, aparecieron en el momento en que la fiesta batía de pleno.

El Barón hinchóse de orgullo ante la sin rival belleza de la que iba á ser su esposa, pero le molestó la presencia de Pablo.

Don Benito arregló las cosas á gusto del Barón, separando á su hija de Pablo, para que el noble bailase con ella.

—¡Qué pareja más ideal! ¿Verdad Pablo?—le dijo don Benito con quien Pablo de mala gana se quedó mirando á su esposa marcharse con el Barón.

Sufrió mucho Pablo durante la fiesta con la ausencia de Mary, y creyó llegado el final de su suplicio á la hora del banquete.

Mary sentóse entre Pablo y el Barón, combinación agradable para el primero y lo contrario para el segundo.

El festín era digno de un César y sólo se le podía reprochar la exagerada fantasía de los inagotables platos por el derroche superfluo que ello representaba.

Todo estaba en consonancia con la fatuidad del anfitrión, incluso el hecho de vanagloriarse descubriéndoles un retrato suyo colocado en la sala de armas entre los de los antepasados del Barón.

Mary habíase visto en una difícil situación entre su esposo y el noble, pues comprendía el estado de ánimo del primero ante las atenciones y discretos apretones de mano del se-

gundo, y no podía evitar éstos ni aquéllos completamente para no dar que hablar á nadie.

Pero eso no fué lo peor. Hasta allí, todo se resumía á sustraerse con el mayor disimulo posible, á los bisbiseos y manejos del Barón; otra cosa puso la inquietud en el alma de Mary: la noticia, dada por él, de que su padre les preparaba una sorpresa para los postres.

El momento anunciado llegó. Levantóse el nuevo rico, risueño y satisfecho. Carraspeó para darse mayor importancia. Hizo varios ademanes estilo orador, levantó su copa en alto, y, muy ceremonioso, acusándose en sus palabras toda la vanidad que las dictaba, habló así:

—Señores, ha llegado el momento de brindar.

Todos los presentes se pusieron de pie y escucharon el discursito que les improvisó don Benito, y que terminó así:

—La grande y sensacional noticia que les anuncié al principio de esta fiesta tan agradable para mí, pues he tenido mucho gusto en ver á ustedes tan buenos, es la siguiente: ¡mi querida y única hija Mary, próximamente se casará con el señor Barón de Gildón, aquí presente!

Palideció Mary.

Irguióse con aire de vencedor el Barón.

Los invitados se disponían ya á felicitar á los enamorados.

Pablo estaba lívido. Una lucha sorda martirizaba su corazón, tanto, que no pudo contener más su dolor, y, dispuesto á defender sus derechos legítimos, intervino:

—¡Imposible!... Mary es mi esposa.

La confesión causó un indescriptible asombro en el padre, honda emoción en doña Carlota, y el consiguiente estupor en los invitados.

En cuanto al Barón, no perdió su sangre fría, favoreciéndole más su aparente tranquilidad que lo hubiera hecho un gesto de indignación.

Don Benito, considerándose neciamente en vergonzoso ridículo, fué preso de un violento arrebato de cólera contra Pablo, é intentó agredirle.

Mary protegió el cuerpo de su esposo con su cuerpo, y el propio Barón fué uno de los invitados que forcejearon con don Benito para aplacar su furia peligrosa, consiguiéndolo á duras penas.

La excitación nerviosa por que había pasado el nuevo rico lo sumió en un estado de impotencia física y moral lamentable. Sus últimos momentos de fiebre, los más terribles, fueron los de la expulsión de su hija y Pablo de su casa, renunciando, sin atender á las súplicas de su adolorida esposa y á los consejos de meditar mejor sobre el asunto, de viejos que supieron de la vida antes que él, á no verlos jamás.

Mary no profirió un solo lamento, limitándose á estimular, con su fé inquebrantable, el amor propio de Pablo para no cohibirse por las amenazas de abandonarlos para siempre que les hacía el padre de ellos.

Partieron, pues, los nuevos esposos, á construir su hogar, animados por la esperanza de una dicha sin límite.



Dos años después.



...fue preso de un violento arrebato de cólera contra Pablo, é intentó agredirle.

En una modesta casa vivían felices Pablo y Mary. Un hijo había venido á poner la nota máxima de ventura en sus existencias.

Un amigo de la familia, Carlos Bauer, visitaba á los jóvenes esposos. A él debía Pablo sus negocios, pues le prestó el dinero necesario para establecerse por su cuenta. A juzgar por la marcha que acusaban sus operaciones,



Un hijo había venido á poner la nota máxima de ventura en sus existencias.

antes de medio año más pensaba Pablo devolver á Carlos su generoso anticipo.

De la casa del millonario huyó la felicidad desde que su hija le hiciera traición; y la tristeza de la ausencia de la niña mimada, fundió el rencor que en su pecho hizo nacer el agravio.

Don Benito y Doña Carlota no habían olvidado nunca á Mary y deseaban conocer al nieto, pero no se atrevieron nunca á hablar de ello. Los dos se engañaban.

Hasta que un día, Don Benito, complacido de saber, por Carlos, que su hija era tan dichosa con su precioso vástago y su marido, cuya conducta era ejemplar, reveló á su esposa que era él quien había prestado, por conducto de Carlos, el dinero empleado por Pablo en su negocio.

Alegróse doña Carlota de la buena acción de su esposo, y le suplicó con vehemencia de madre amantísima, que le devolviese á su hija, perdonando lo que hiciera antaño.

Convencido don Benito de que no sólo el dinero basta á la felicidad humana, tomó una resolución, de cuyo resultado informaría más tarde á doña Carlota, seguro de que no tendría elogios bastantes para ensalzar su bondad.

Lo que hizo fué presentarse, en son de paz, en el hogar de su hija.

Grande fué el estupor de Mary, que llorando se echó en los brazos de su padre, completamente abiertos hacia ella.

—¡Querido papá!... ¡Por fin vinistel...

Don Benito contempló luego á su nieto y se reía con él.

No, mil veces no estaba arrepentido de haber dado aquel paso de humillación para él, pues acababa de adquirir la certeza de que un nieto era capaz de transformarlo.

Mary se extasiaba ilusoriamente en la brillante nueva aurora que entre la bruma de la noche nacía para ellos.

Pero Pablo intervino.... y contrariamente á

lo que había hecho Mary, trató á don Benito con hiriente desconsideración, negándole su mano que éste solicitaba estrechar. Fué todavía más lejos, guiado por su enemistad con él, pues le arrebató el niño, y á continuuación le señaló la puerta diciéndole:

—Señor: cierto día me echó usted indignamente de su casa. Hoy le despido yo de la mía.

Mary, temblorosamente, ahogaba en silenciosas lágrimas la infinita pena que le producía la venganza que sobre su padre tomaba Pablo.

Don Benito no esperaba encontrarse frente á un orgullo tan poderoso como el de Pablo, y la ira se asomó á sus ojos.

—¡Se acordará de mí!... — le dijo amenazador.

Y antes de salir, manifestó á Mary:

—La casa de tu padre estará abierta siempre para tí y tu hijo. Con tu marido he terminado para siempre.

Al desaparecer su padre, Mary no ocultó su viva emoción á Pablo, como si se doliera por él de lo dicho por su padre.

No era Pablo un débil, un pobre muchacho que reconoce superior á quien puede mandarlo porque tiene dinero, sino un mozo fuerte que se consideraba en el mismo plano de derechos que cualquier otro, que don Benito sobre todo. Hubiera podido perdonar, pero pensaba que era una lección provechosa la que le daba negándose á sucumbir—ni con el brillo de todo su oro—á sus caprichos.

Para distraer á Mary, Pablo la llevó á cenar al *Palais de la Danse*, pero quiso la mala for-

tuna que allí encontrasen á don Benito, en compañía del inseparable Barón, algo bebido de champaña. La frecuentación de aquel lugar por don Benito la justificaba la circunstancia de actuar Emma, la enamorada del Barón, como primera bailarina. Sabiamente dirigida por el aristócrata, Emma cultivaba la amistad del millonario... y no salía perdiendo.

Al ver á su hija y á Pablo en una mesa próxima á donde él estaba, se apresuró á ir á saludarla y le ofreció champaña.

Pablo rehusó la oferta del mareado suegro, á quien el Barón, siempre sonriente, cual si el chasco que recibiera algún tiempo atrás no le hubiera hecho el menor daño, trataba de apartar de ellos, provocándose entonces una desagradable escena en la que intervinieron varios concurrentes y los empleados del establecimiento, quienes evitaron una desgracia.

Sucedió que don Benito, exasperado por la hostilidad con que le trataba Pablo, no pudo reprimir un deseo de castigo, alimentado por el defecto de su absolutismo y por los humos del espumoso ingerido de más, y le arrojó una botella á la cabeza sin, afortunadamente, acertar el golpe.

Ello avivó más el encono de Pablo hacia don Benito, quien, por su parte, á la mañana siguiente del escándalo en el *restaurant* de moda, se dispuso hacer pagar caras las insolencias de Pablo.

A tal efecto, mandó llamar á Carlos, y sin rodeos le habló como sigue:

—Es preciso que pida usted á Pablo la devolución del dinero del negocio; pero en segui-

da. Dígale que fui yo quien lo dió y que hoy se lo reclamo.

—Don Benito, eso es muy fuerte—objeté el amigo—. Repare usted que los dejará en la miseria.

—Es inútil aconsejarme. Exijo ese dinero inmediatamente, y será mejor que yo no me vea precisado á pedírselo personalmente.

Unos días más tarde, Pablo regresó muy abatido á su casa. Notólo Mary y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Pablo? Hace tres noches que te veo intranquilo...

—Es la ruina, mi Mary... He devuelto el dinero, que era de tu padre, y esto nos va á hacer andar muy apurados.

—Si sólo es eso, aunque es mucho, no importa—le contestó ella—. Si es preciso, cuenta con mi ayuda. Ya nos arreglaremos.

Pablo tuvo ocasión de admirar una vez más la rectitud de conciencia de su esposa.

Después de cinco años de privaciones en que los negocios habían sido adversos, Pablo se encontró enfermo y sin recursos.

—Los nervios. No es otra su enfermedad. Es preciso una tranquilidad absoluta y preocuparse menos—diagnosticó el médico.

—Yo ya se lo digo, doctor—añadió Mary, en cuya belleza se notaban las huellas de la escasez—; sin embargo, sigue trabajando demasiado.

—Hay que rendirse á la evidencia, mis buenos amigos—prosiguió el galeno—. El niño acabará también por enfermar. Es preciso hacer las paces con sus padres; no veo otro recurso.

—Eso nunca. Es completamente imposible—respondió como herido Pablo, incorporándose en el sillón en que estaba postrado.

Despidióse el doctor y en el momento de partir repitió á Mary la necesidad urgente de alimentar abundantemente al enfermo, al niño y á sí misma.

Ante tal situación, Mary, sin decir nada á



—...Es preciso una tranquilidad absoluta y preocuparse menos—diagnosticó el médico.

Pablo, no titubeó en pedir, por piedad, á su padre, que la ayudase.

El Barón vió llegar á Mary y le salió al paso en el jardín de la posesión del nuevo rico. Enterado del motivo de la visita al padre, él la dijo:

—Si no quiere contrariar á su marido, no

necesita acudir á su padre. Yo ayudaré á usted sin que nadie se entere...

—No, gracias, he venido á ver á mi padre para eso.

—...Comprendo que mi ofrecimiento no lo acepte como regalo. Cuando su marido esté en condiciones, me lo devuelve usted.

—No, gracias...

—Para evitar sus escrúpulos sólo admitiría que usted me acepte una Letra á nombre de su padre. Esto es pura fórmula y nadie lo ha de saber, y así está usted tranquila.

—Lo tendré en cuenta...

Mary contaba con su padre y prefirió confesarse á él.

Mas he aquí la respuesta que él la hizo:

—A mí no me cuentas si está enfermo ó no, ni nada de sus nervios. Mientras Pablo esté á tu lado no doy un céntimo. Para tí y para tu hijo, repito una vez más, esta es vuestra casa.

Desconsolada, Mary volvió á su casa y la queja del niño «Mamá, ¿cuándo meriendo?» la venció en absoluto á inclinarse á la proposición del amable (?) Barón, á quien á cambio de cierta suma, firmó una Letra de garantía.

El dinero del Barón le quemaba las manos á Mary, y un remordimiento atroz se apoderó de todo su ser. Bien ó mal, Dios era testigo de la buena intención que había guiado su mano á comprometerse á reembolsar, sin plazo fijo, una cantidad que entonces era urgente encontrar.

Durante la ausencia de Mary, Carlos visitó á Pablo y le hizo entrega de un fajo de billetes que—á escondidas de su esposo y en vista de que él había denegado su protección á Mary

cuando fué á pedírsela, y también á Carlos cuando personalmente él le enteró de lo muy enfermo que estaba su yerno—, le había entregado doña Carlota.

—Yo no puedo aceptar ningún dinero de esa casa—dijo Pablo rechazando los billetes

—Si te lleva el orgullo hasta este extremo —le observó Carlos—, entonces es preciso.



... y la queja del niño: "Mamá, ¿cuándo meriendo?" la venció en absoluto á inclinarse...

que sacrifiques tu cariño.... Para tí solo, te será más fácil encontrar....

—¿Tú crees?...

—Sí, Pablo. Permite que Mary tome este dinero y déjala libre con tu hijo el menos tiempo posible hasta que te asegures un medio de vida aunque sea modesto. Ese es tu doble deber.

Cuando volvió Mary, sólo halló esta carta:

"*Mi querida Mary:*

Siguiendo los consejos de un buen amigo y no estando dispuesto á aceptar nada de tus padres he resuelto no ser el obstáculo de vuestras privaciones. Con el dinero que tu madre te manda, podéis vivir algún tiempo más del que yo precise para conseguir una situación que nos permita pasarlo sin la ayuda de nadie.

Entretanto, nunca te olvidará tu

Pablo."

Y al dolor de Mary por la obligación en que se había visto de aceptar dinero del Barón, añadióse un nuevo dolor que su pobre alma no podría soportar.

Mary no pensó más que en asegurar el porvenir de su hijo y le acompañó hasta la cancela del palacio de sus abuelos, le hizo penetrar en el interior y desapareció al asegurarse de que ellos ya lo habían visto.

El Barón comía con los nuevos ricos y como ellos se extrañó de que el niño llegase solo.

—¿Dónde están tus padres?—le preguntaron.

—Papá se ha marchado de casa y mamá no ha querido entrar aquí conmigo.

El Barón pensó en lo peor y precipitóse á las afueras del palacio encontrando, por fin, á la fugitiva, á tiempo de arrancarla de la muerte en las aguas de un río donde ella buscaba alivio á sus penas.

Don Benito agradeció al Barón el haberle salvado á su hija y desde entonces arraigóse más en el afecto de toda la familia, Mary comprendida, desde luego.

Emma, la apasionada del Barón, recibida á menudo en el seno de los nuevos ricos, lo vigilaba con tesón, temiendo naciera una simpatía especial entre Mary y él. Mary, dada su situación, seguía siendo un peligro para que el amor del Barón siguiera siendo de Emma, sólo de ella.

Pablo encontró un empleo, hizo algunos ahorros durante los meses que estuvo ausente, y volvió á su hogar para reunirse con los suyos... encontrando el nido vacío.

Figurándose lo que había sucedido, presentóse en casa de don Benito é hizo anunciar por una criada á Mary, que él la esperaba en el jardín.

La entrevista fué un poco seca, pues Mary le recriminó su abandono antes de hacer las paces con el padre de ella. De todos modos, aunque había de por medio el Barón, apreciado por haberle salvado la vida y por las exquisitas finezas de que había sido objeto de su parte, no habíase alterado su cariño hacia el esposo. Pero, ahora, Mary quería que, por fin, se echase al olvido todo lo pasado y vivieran todos en completa armonía.

Don Benito, su esposa y el Barón, se acercaron á Mary y Pablo curiosos los primeros de ver si finalmente se doblegaba el orgullo del yerno, y deseando el noble que no hubiese arreglo posible, para él salirse con la suya.

El único complacido fué el Barón toda vez que Pablo, al ver ante sí á don Benito, marchóse de la finca.

Para conmemorar el cumpleaños de Mary, don Benito había organizado para aquella noche una gran fiesta.

Durante la misma, el Barón, ante el temor de que Mary volviera á su antiguo hogar para vivir con su esposo, intentó jugar la última carta en aquel juego con Mary—que consistía en enamorarla para hacerla divorciar de Pablo y casarse luego con ella para aprovecharse de la fortuna de sus padres—. Con tal objeto, la siguió hasta un saloncito reservado y allí le ofreció, en regalo, la letra que firmaron un tiempo atrás. De nuevo se opuso Mary á ello y entonces el Barón rompió el documento en su presencia.

—¿Por qué ha hecho usted esto?—le preguntó Mary.

—Porque la amo con locura...

—Por favor, suéltame, usted pretende un imposible.

—No, Mary, escúcheme un momento.

—Déjeme ó grito.

Mary logró escapar al Barón, refugiándose en su habitación particular, y se vió libre de su persecución porque Emma, que lo espiaba, le cerró el paso, suscitándose entre ambos una agria disputa.

El hijo de Mary, entretanto, habiendo visto un momento tan sólo á su padre por la tarde, tuvo deseos de reunirse con él aquella misma noche y salió en dirección á su casa acompañado de su perro fiel. Una lluvia torrencial los sorprendió en camino y en la noche oscura no vió el nene una zanja y cayó en su fondo calándose hasta los huesos mientras acudía el auxilio que el perro consiguió traer.

Mary, en su cuarto, recibió, poco después de huir el Barón, esta carta de Pablo, á cuya casa fué conducido el niño lesionado, guiando el

perro á los hombres que lo recogieron de la zanja:

«Mary: Acaban de traer á nuestro hijo completamente mojado. Tiene mucha fiebre y en su delirio pregunta por ti».



—¡Déjame pasar! Quiero que todos sepan quién eres.

Presa de terrible angustia, Mary respondió precipitadamente al llamamiento del deber.

En el palacio en fiesta, el Barón y Emma acalorábanse progresivamente. Ella, cansada ya de la conducta vil del único hombre que supo conquistar su corazón, mandando en ella

como si fuera un juguete, le echó en cara sus infamias.

—Ahora, delante de toda esta gente á quien tienes engañada, te desenmascararé—le dijo—. Haré saber que el dinero de Benito Raffle va de mis manos á las tuyas...

—Tú no harás eso... ó yo te juro...

—¡Déjame pasar! Quiero que todos sepan quién eres.



Mary reconcili6se con su esposo ante el lecho de su hijo,...

—Yo te haré callar, de grado ó por fuerza...

—Eso lo veremos... Tú eres un miserable, un ladr6n que me lo ha robado todo, hasta las alhajas, y ahora quieres saquear á Raffle valiéndote de mí y de otros infames procedimientos. Pues toma tu premio.

Sonó el estampido de un tiro y el cuerpo del Bar6n cay6 inánime al suelo.

La alarma cundi6 en todos los concurrentes á la fiesta que se trasladaron en el saloncito del crimen.

Emma, ahogada, se confes6 culpable:

—Lo he matado por pasi6n... porque le quería... Estaba arruinado y vivía con el dinero mío...



....y éste, al fin, viendo en sus palabras la contricci6n de su error, mat6 su orgullo.

Esto y otros detalles dieron á entender á don Benito que el Bar6n era un vividor y que había estado á punto de sacrificar á su hija casándola con él.

Luego, la noticia, dada á Carlos por la criada que entreg6 la carta de Pablo á Mary, y á los abuelos por Carlos convenci6 completa-

mente al abuelo de que no debía interesarle en la vida más que la felicidad de los suyos que tanto sufrieron por su culpa, y al amanecer se trasladaron al hogar de Pablo.

Mary reconcilióse con su esposo ante el lecho de su hijo, cediendo incluso á no volver más al palacio á vivir con sus padres; pero don Benito se humilló por segunda vez ante su yerno y éste, al fin, viendo en sus palabras la contricción de su error, mató su orgullo.

Mary, completamente dichosa, se abrazó á Pablo, besándole con delirio.

Los abuelos besaron al niño... y también ellos se besaron.

Pero, para no estorbar á los jóvenes, que tomaban la cosa muy en serio, los abuelos ahuecaron el ala, recomendándoles, se reunirán dentro de una hora en su casa en la que vivirían por el resto de sus días.

Ya en la calle, doña Carlota iba á subir en su auto; pero se lo impidió don Benito con este argumento:

—No, Carlota; hoy, aunque te fatigues, nos vamos á pie... En este barrio empezó nuestra vida modesta. ¿Te acuerdas, Carlota, qué felices éramos?... Pero también desde hoy lo seremos, yo te lo prometo.

FIN

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO: SÁBADO 23 FEBRERO

Número 74

extraordinario: **¿Por qué cambiar de esposa?**

Sugestiva comedia deliciosamente interpretada por GLORIA SWANSON, BEBÉ DANIELS y THOMAS MEIGHAN.

64 páginas — Profusamente ilustrado — ¡GRAN ÉXITO!

POSTAL-FOTOGRAFIA **Ramón Navarro**

Precio excepcional — 50 ets. — SÁBADO 23 FEBRERO